

**Y YO SOY PRÍNCIPE:
LA INTUICIÓN DESCOLONIZADORA
EN LA NUEVA CRÓNICA
DE GUAMAN POMA DE AYALA**

MERCEDES LÓPEZ-BARALT

HOMENAJE A MANFRED KERKHOFF
PRIMAVERA 2017

*En este homenaje que le rendimos a nuestro querido Manfred, evidenciaremos su amplio registro como filósofo. Porque de un lado está el Kerkhoff europeo; pero del otro el Kerkhoff americano (en el sentido justo y amplio de la palabra). Hace años, en los setenta, tomé el curso de **Pensamiento maya** con él. Desde ese momento se convirtió en mi Maestro. Como siempre fui muy aplicadita, me llamaba «la Maga del Calendario», tema de la monografía del curso que publiqué enseguida en **Cuadernos hispanoamericanos**. Ya en los ochenta, amigos y colegas, montamos lo que bauticé como **El numerito de Manfred y Merce**.*

Lo repetimos por varios rincones de la isla. Se trataba de un par de conferencias de tema indígena. Él hablaba de los mayas y yo de los incas. En recuerdo entrañable de aquel dúo que protagonizamos con tanto deleite, aquí va mi ponencia sobre Guaman Poma.

¡Te la brindo, Manfredo!

A tí y a nuestra imprescindible Damari.

Volver hoy a la *Nueva coronica i buen gobierno* del cronista andino Guaman Poma de Ayala, que cumplió el año pasado su cuatricentenario, impone recordar su asombrosa complejidad. La carta-crónica a Felipe III constituye una insólita etnografía visual, que en sus mil ciento ochenta y nueve páginas, que incluyen casi cuatrocientos dibujos a tinta –todo de la pluma del mismo autor– describe el mundo andino, critica acerbamente

los abusos de la colonización, y propone un buen gobierno para el virreinato peruano. Pero más allá de su contenido, importa resaltar la originalidad de su mestizaje formal, debido a la biculturalidad del autor: un entrevero de lenguas (español, latín, quechua y aymara) y de códigos (verbal y visual; oral y escrito). De ahí que, aunque Guaman Poma escribe en español la mayor parte de su crónica, su ortografía y su sintaxis están marcadas por su lengua materna, el quechua. También asombra su mestizaje genérico, pues la obra tiene visos de carta, autobiografía, historia, etnografía, archivo de la tradición oral andina, sermón, memorial de peticiones y remedios, literatura emblemática, consejería real y literatura ilustrada de viajes. A partir de su descubrimiento en 1908, la *Nueva coronica* se instauró como fuente primaria imprescindible para la antropología y la historiografía andinas. Pero desde 1979 Rolena Adorno y yo hemos comenzado a asediar sus dimensiones literaria (por su prosa) y artística (por sus dibujos).

La obra de Guaman Poma de Ayala suele leerse como la crónica de la destrucción de un mundo, en la que proliferan los lamentos –*escribirlo es llorar y no hay remedio*– y las denuncias gráficas de los abusos coloniales. Yo lo he hecho en dos libros: *Ícono y conquista: Guaman Poma de Ayala* y *Guaman Poma, autor y artista*. Hoy quiero asediarla de otra manera, desenterrando de la entrelínea de sus dibujos y sus palabras a un autor disidente con una clara conciencia de futuro y con una intuición descolonizadora.

Porque la distancia abismal –geográfica, social y étnica– que separa al emisor de este complejo mensaje político de su receptor real le impone a Guaman Poma la necesidad de establecer sus credenciales. Se trata de autorizar su propia voz; lo mismo que quiso hacer Darío cuando le habló a Teodoro Roosevelt a nombre de la América morena: «Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,/que habría de llegar hasta ti, Cazador...». Es decir, imperialista. El cronista andino se mitologiza al seguir el destino ovidiano de la transformación constante, creando un linaje compuesto por un carnaval de máscaras –algunas ficticias y otras reales– entre las que se encuentran las de autor, indio ladino, artista, escribano, traductor, consejero real, predicador, cronista real, etnógrafo, cacique principal,

capac apo o señor y príncipe, el Inca y dos máscaras míticas: la de los dioses andinos Viracocha y Pariacaca. Vale notar que la preferida de Guaman Poma es la de autor, epíteto que se autoimpone desde el mismísimo frontispicio de la obra. Y también en el dibujo que examinaremos ahora.

Pero Guaman Poma ha escogido también como máscara un tópico de solera clásica: el de la *peregrinatio*. La palabra es latina, y se deriva de la preposición *per* (por) y el sustantivo *ager* (campo, tierra, país). La noción de peregrino se da la mano con la de extranjero, cuyo arquetipo lo constituye en la literatura clásica la figura de Ulises. Pero el mundo cristiano convirtió la *peregrinatio vitae* en metáfora para el exilio del hombre del Edén, y su consiguiente destino: un sufrido paso por la tierra. En las letras hispánicas el tópico no demora su aparición: lo tenemos presente desde el siglo trece, cuando Berceo elabora una alegoría en la que su persona misma representa a la humanidad como un romero que recorre el camino de la vida. En *Los milagros de Nuestra Señora* se inaugura la metáfora ya clásica para nombrar el vivir: *caminar*. Cito a continuación a Berceo: «Yo, Maestro Gonzalvo de Berceo nomnado,/llendo en romería caecí en un prado,/verde e bien sencido,/de flores bien poblado». Siglos más tarde Antonio Machado diría, y lo cantaría Joan Manuel Serrat, «Caminante, no hay camino./Se hace camino al andar».

En el caso de nuestro cronista, la fuente más probable para el tópico serían los sermones dominicales de las iglesias. Sin embargo, la imagen cristiana del peregrino parece fundirse con los dioses andinos Viracocha y Pariacaca, protagonistas del corpus mítico que recoge Francisco de Ávila en Huarochiri y que Arguedas tradujo en 1966. Viracocha vaga por los Andes como peregrino mendigo. También Pariacaca. Cuando el pueblo yunga de Huayquihsa estaba de fiesta, bebiendo, Pariacaca llegó sin avisar, para someterlo a una prueba. Iba como si fuera un hombre muy pobre. Como nadie lo alimentó ni le dio de beber, decidió destruir el pueblo, con un diluvio causado por una lluvia de granizo.

En el dibujo «Camina el autor», Guaman Poma se autodescribe: «Camina el autor con su hijo Francisco de Ayala. Sale de la prouincia a

la ciudad de los Reys de Lima a dar cuenta a su Magestad. Y sale pobre, desnudo, y camina en bierno». Esta imagen de pobreza no es otra cosa que una máscara que el cronista asume voluntariamente en su proceso de autoficcionalización, y que contradice una máscara anterior: la de «señor y príncipe» del frontispicio. Y si bien esa última es exagerada, no deja de serlo la de mendigo: la situación social y económica de Guaman Poma en la vida real no fue deplorable, ni siquiera tras su destierro de 1600.

Ahora bien, vale advertir que Guaman Poma funde la noción occidental del peregrino con otra noción milenaria, esta vez andina: la del huérfano o *wakcha*; una máscara más para nuestro cronista. Dicha noción —que permea la obra de José María Arguedas— no solo alude a una persona sin padres, sino a un huérfano social: desarraigado de su *ayllu* o comunidad, desposeído, forastero, solitario. Recordemos que el niño Ernesto, protagonista de *Los ríos profundos*, es huérfano; que el héroe de *El sueño del pongo* es «el más huérfano de los huérfanos», y que en su himno «A nuestro padre creador Tupac Amaru», Arguedas también se declara huérfano, desde la misma dedicatoria del poema: «A Doña Cayetana, mi madre india, que me protegió con sus lágrimas y su ternura, cuando yo era un niño huérfano alojado en una casa hostil y ajena». Sin olvidar que la orfandad es el *leitmotif* de la poesía de Vallejo, que comienza uno de los poemas de Trilce diciendo: «He almorzado solo ahora, y no he tenido/madre, ni súplica ni sírvete, ni agua./ni padre que, en el facundo ofertorio/de los choclos, pregunte para su tardanza/de imagen, por los broches mayores del sonido». Estamos, pues, ante un símbolo dominante de la cultura andina.

Al enmascararse como pobre, Guaman Poma se convierte en dios andino: una fusión de Pariacaca y Viracocha. Por eso ocupa el centro del dibujo, espacio sagrado evocador del Cuzco. Ahora empezamos a entender por qué nuestro autor elige a estas dos deidades para encarnarlas. Con ellas adquiere el prestigio mítico que le permite hablarle a Felipe III. Pero también porque la de Pariacaca desata un *pachakuti* (literalmente, mundo al revés): el fin del mundo que da comienzo al nacimiento de otro mejor. Y de cambiar el mundo trata precisamente su

obra. Por eso camina de Huamanga a Lima para entregar su manuscrito al virrey.

Pero pese a la pasión que anima su proyecto andino de futuro, Guaman Poma pierde su fe por momentos: «no ay Dios y no ay rrey. Está en Roma y Castilla», dice. También afirma que escribirlo es llorar e insiste en que no habrá remedio, porque ya han sucedido cosas que no lo tienen, como el ajusticiamiento en 1572 de Tupac Amaru, el último líder de la reconquista incaica, que glosa con una frase terminante: «Y no ubo rremedio».

Bien lo intuyó Guaman Poma: no lo había. Porque más de un siglo después de la redacción de obra, en 1750 el mestizo peruano fray Calixto Tupac Inca entregó al rey Fernando VI un documento titulado *Planctus indorum* o Llanto de los indios. Este llanto del siglo dieciocho es el mismo de Guaman Poma, quien confiesa que con «la poca cristiandad deste rreyno me espanto y comienso a llorar», y anima a sus lectores a hacer lo propio: «tomaréys este libro y lo leyrés de enberbo en berbo y asentaréys y llorarés con buestra ánima». *Planctus* o *llanto* también fue el nombre medieval del género elegíaco. Lo que nos lleva a pensar que la *Nueva coronica i buen gobierno* bien puede leerse como una elegía en prosa por un mundo a punto de desaparecer. Y sí, es cierto. El campo semántico del dolor, que nos estremece con frases como «...y vuestra Magestad no permita que nos acauemos», parece inagotable en la crónica de nuestro autor andino.

Pero esta lectora también quiere recordar al cronista en su faceta intuitivamente descolonizadora. Al Guaman Poma que se declara «príncipe» en el frontispicio y en el colofón, y que no pierde ocasión de restregárselo en la cara una y otra vez a Felipe III: «Y yo soy príncipe». Al que se jacta de que el rey le haya suplicado que aceptara la encomienda de escribir su crónica. Al de la alta autoestima: el que con gran orgullo se autodenomina *autor*, anunciándolo desde el frontispicio y reiterándolo innumerables veces en su obra, y el que se enorgullece del nombre mítico de su linaje andino: «Yo también, como *guaman*, rrey de las aues, buela más y balo más en el seruicio de Dios y de su Magestad y seruíó treynta

años. *Poma*, rrey de los animales, fue temido». Al que ficcionaliza al rey obligándolo a preguntarle cómo debe gobernar las Indias, y al que lo encara desfachadamente para darle su lección más importante: «porque sin los yndios, vuestra Magestad no uale cosa porque se acuerde Castilla es Castilla por los yndios». Al que remacha sus consejos con una frase altanera: «para que lo sepa vuestra Magestad». Al que imagina no solo a su libro publicado, sino a un lector plural: «unos llorarán, otros se rreyrá, otros maldirá, otros encomendarme a Dios, otros de puro enojo se deshará, otros querrá tener en las manos este libro y corónica para enfrenar su ánima y consencia y corazón». También al Guaman Poma que predice el futuro de su crónica: «Buelbo por el rreyno y ací escribo esta historia para que sea memoria y que se ponga en el archiuo para uer la justicia». Y al que, en un inolvidable momento de autorreferencialidad, le canta las cuarenta al mismísimo lector:

El autor don Felipe Guaman Poma de Ayala, digo que el cristiano letor estará marauillado y espantado de leer este libro y corónica y capítulos y dirán que quién me la enseñó, que cómo la puede sauer tanto.

Pues yo te digo que me a costado treynta años de trauajo ci yo no me engaño, pero a la buena rrazón beynte años de trauajo y pobresa. Dexando mis casas y hi[j]os y haciendas, e trauajado, entrándome a medio de los pobres y seruiendo a Dios y a su Magestad, prendiendo las lenguas y le[e]r y escriuir, seruiendo a los dotores y a los que no sauen y a los que sauen.[...]

Págame agora buestras oraciones.

Un pensamiento final, a modo de colofón. Todo lo antedicho nos muestra a un escritor colonial cada vez más actual, más cercano y más necesario. A la par, el mundo andino de Guaman Poma, aunque erosionado, sigue vivo hoy, no solo en la sierra peruana, sino en la costa, que se va andinizando al son de estos tiempos que celebran el mestizaje. O como bien dijera nuestro recordado Antonio Cornejo Polar, la heterogeneidad. Que es otro nombre para la vida.